VASCO NÚÑEZ DE BALBOA: VIAJE AL PACÍFICO 500 AÑOS DESPUÉS, por María Lara



Vasco Núñez de Balboa

A menudo, la asiduidad con la que manejamos los conceptos y su arraigo en nuestro ritmo cotidiano nos hacen pensar, equivocadamente, que casi a la par que se disgregaba Pangea surgieron las nomenclaturas de los continentes. De que no fue así nos alertan en gran medida las efemérides, como la que en 2013 celebramos a propósito del descubrimiento de la mar del Sur.

En 1475 nacía en Jerez de los Caballeros (Badajoz) Vasco Núñez de Balboa. Descendiente de los señores del castillo de Balboa, durante su adolescencia vivió en Moguer, sirviendo como paje y escudero a Pedro de Portocarrero, octavo señor de la villa. En la localidad onubense pudo presenciar los preparativos del viaje descubridor y, en 1500, animado por las noticias que llegaban desde el Nuevo Mundo, se enroló en la expedición de Rodrigo de Bastidas hacia la actual Colombia.

Tras establecer una granja en Salvatierra de la Sabana, en la isla de La Española, la cual no funcionaría, huyó de sus acreedores y, en 1510, se embarcó como polizón en el navío del bachiller Martín Fernández de Enciso, que partió en auxilio de la guarnición de San Sebastián de Urabá, en la costa oriental de Panamá. Este enclave, fundado por el conquense Alonso de Ojeda, era el primer establecimiento ibérico en la zona del Urabá-Darién, hoy colombiana. Escondido

en un barril a bordo, llevaba consigo a su perro, *Leoncico,* que llegaría a ser el animal más rico de América, junto con *Becerrillo*, el alano de Ponce de León.

En alta mar, Vasco se presentó ante el furioso capitán, pero éste le perdonó la vida por estimar su experiencia, valiosa. Al llegar a San Sebastián comprobaron que gran parte de los colonos habían sido asesinados en un encuentro con los nativos. Uno de los pocos supervivientes era Francisco Pizarro, el futuro conquistador de Perú. Por ello, Balboa sugirió establecer un poblado más seguro en el interior, en la región de Darién, erigiendo Santa María la Antigua, la pionera de las instalaciones permanentes en tierra firme.

Pero Balboa albergaba un sueño: quería llegar a la costa de poniente porque se había informado de que la distancia que separaba la franja del «otro mar» era escasa. Apoyado por el virrey Diego de Colón, que lo nombró gobernador interino de Darién, en 1511 partió con 100

hombres. En Careta trabó relación con los indios, el cacique se convirtió al cristianismo y entregó a su joven hija a Balboa. Avanzando por los parajes tropicales, llegaron a otra aldea donde el jefe, Comagre, los recibió amablemente y los agasajó con manjares y bebidas fermentadas. Al advertir la fascinación causada en los visitantes por todo lo que relucía, el heredero del cabecilla, Panquiaco, les regaló adornos de oro.



Ruta de Vasco Núñez de Balboa

Les aseguraron que, detrás de las montañas, hacia el sur del istmo de Panamá, yacía un inmenso mar, donde desembocaban ríos áureos y cuyas playas estaban cubiertas de perlas. Conociendo las denuncias que habían vertido en su contra desde la metrópoli y la pérdida de poder de su protector, el 1 de septiembre

Núñez de Balboa partió de Santa María con un millar de hombres y una agresiva jauría de mastines. La estación de lluvias complicó la marcha a través de bosques cenagosos plagados de mosquitos, mas concentró los esfuerzos en tres frentes: someter a ciertas tribus indígenas, fortalecer la amistad con otras y esquivar a los caníbales. Paralelamente, intentó aplacar las revueltas de varios españoles que lo desafiaban. Irónicamente en una carta enviada a Fernando el Católico expresaba que: «*he ido adelante por guía y aún abriendo los caminos por mi mano*».



Vasco Núñez de Balboa, descubriendo el Océano Pacífico. Grabado del Museo Naval, Madrid

Vasco venció la humedad permanente y tropezó con las alimañas que habitan en

la oscuridad verde de la jungla. Cuando oteó la cima de la montaña, ordenó que sus 66 hombres lo esperaran. Subió solo y, desde los altos de la cordillera del río Chucunaque, se quedó ensimismado ante el mar infinito. Era el 25 de septiembre de 1513. Fueron testigos del alborozo los 66 hombres que quedaban a su vera, entre ellos Pizarro. Para realzar el acontecimiento, con el obispo Quevedo, cantaron un *Te Deum* y grabaron cruces en los árboles.

Vasco llamó al remanso la mar del Sur, pues ésa era la dirección que había seguido la expedición y, con su sable, tomó posesión en nombre de Castilla. Pero la alegría le duró poco pues, por las divergencias en el mando, Pizarro lo entregó al patíbulo con el afán de conseguir el apoyo de Pedrarias en la expedición que le permitiría conquistar a los incas. En 1519 fue asesinado como traidor en Acla. Al año siguiente, Magallanes bautizaría como Pacífico estas aguas tranquilas que bañan la tercera

parte de la superficie terrestre.

El inmenso venero, en el que flotan 25.000 islas, no siempre hace honor a su epíteto, pues a menudo los tifones, los huracanes y los seísmos dañan los litorales. Mas como al marino portugués este mar le mostró su cara más amable-como es usual en las visitas-, decidió ascenderlo en el escalafón hidrográfico a la categoría de océano. Pese a las excelencias obvias, nadie intuyó entonces que, andando el tiempo, Asia-Pacífico se convertiría en la región central del mundo.

LA CRÓNICA DEL HALLAZGO

Andrés de Valderrábanos, notario real y secretario de Balboa, levantó fiel acta dando cuenta del descubrimiento:

«Y un martes, veinte y cinco de septiembre de mil quinientos y trece, a las diez horas del día, yendo el capitán Vasco Núñez en la delantera de todos los que llevaba por un monte raso arriba, vio

desde encima de la cumbre de él la mar del Sur, antes que ninguno de los cristianos compañeros que allí iban; y volviose incontinente la cara hacia la gente, muy alegre, alzando las manos y los ojos al cielo, alabando a Jesucristo y a su gloriosa Madre la Virgen Nuestra Señora; y luego hincó ambas rodillas en tierra y dio muchas gracias a Dios por la merced que le había hecho, en dejar descubrir aquella mar, y hacer en ello tan gran servicio a Dios y a los Católicos y Serenísimos Reyes de Castilla, nuestros señores, que entonces era el Católico rey don Fernando».

